

El juego de fútbol como fenómeno polimórfico, participación comunitaria y ritual identitario

*Carlo Orefice**

Resumen

La contribución analiza el juego de fútbol como un fenómeno polimórfico que involucra no sólo a los jugadores, sino a todos aquellos que lo "miran", representando así una metáfora social de nuestra contemporaneidad. Utilizando el concepto de "Juego Profundo" ofrecido por el antropólogo Clifford Geertz (1998), se analizan algunos elementos del juego de fútbol y los problemas educativos que este fenómeno nos presenta hoy, especialmente en términos de participación comunitaria, pertenencia identitaria y experiencia educativa.

Palabras clave: Fútbol – juego profundo – participación comunitaria – cuerpo – identidad

The game of soccer as a polymorphic phenomenon, community participation, and identity ritual

*Carlo Orefice**

Abstract

The paper analyses the game of football as a polymorphic phenomenon that involves not only the players but all those who “watch” it, thus representing a social metaphor of our contemporary world. Using the concept of “Deep Game” offered by the anthropologist Clifford Geertz (1998), are analysed some elements of the game of football and educational problems that this phenomenon presents us today, especially in terms of community participation, identity belonging and formative experience.

Keywords: Football – deep game – community participation – body – identity

Introducción

Caleidoscópico, polimórfico, difícil de definir, el juego caracteriza la vida social del hombre: está entrelazado con sus ritos, mitos e ideologías y, como reconoció el propio McLuhan (2002, p. 259), “[parece] ser una forma a través de la cual toda la sociedad habla consigo misma”.

Si el juego, por tanto, constituye una representación de la condición humana — hasta el punto de que Huizinga (2002) hablaba de “*homo ludens*” —, el fútbol puede leerse como un sistema complejo que debe analizarse en sus múltiples dimensiones: como deporte, como práctica social, como imaginario ampliamente difundido en las sociedades de masas, etc.

Si intentamos responder a la pregunta “¿por qué se practica?”, este deporte se revela como un fenómeno polimórfico que funciona como modelo de comportamiento, sistema de comunicación, pasión popular, motor económico-productivo, laboratorio biomédico, entre otros. El fútbol, por tanto, constituye un ejemplo paradigmático de la relación entre juego, sociedad y cultura, una relación que —conviene recordar— está en constante evolución y transformación.

Sin embargo, como veremos, el fútbol es también una experiencia educativa, capaz de desarrollar principios de socialización y autoconciencia a través de la acción, así como de fomentar un sentido de pertenencia a microcomunidades que, en ocasiones, encuentran en la violencia su rasgo distintivo.

Analizaremos, por tanto, el fútbol como un gran sueño colectivo que involucra no solo a los jugadores, sino también a todos aquellos que lo “miran”, un “hecho social total” (Mauss, 2017) que, al desplegarse como un gran teatro, compromete identidades personales, sociales y culturales, y actúa como una metáfora social de nuestra contemporaneidad.

El fútbol como “juego profundo”

Para comprender la importancia de este deporte, podemos partir de la definición—aunque en un sentido más amplio— de “juego profundo” utilizada por el antropólogo estadounidense Clifford Geertz (1998), quien en la década de 1950 estudió un “juego” tradicional muy arraigado en la sociedad balinesa: las peleas de gallos.

A principios de abril de 1958, mi esposa y yo llegamos, enfermos de malaria y cautelosos, a una aldea balinesa que, como antropólogos, teníamos intención de estudiar. Un lugar pequeño, con unos 500 habitantes, y relativamente remoto, que formaba un mundo en sí mismo (p. 383).

Durante la observación y el análisis de esta práctica lúdica, Geertz (1972; 1998) comprendió que, en aquella sociedad, esta forma de juego, profundamente reglamentada, representaba significados mucho más profundos que la simple diversión o el entretenimiento. Las reglas que estructuraban el “marco” lúdico —tanto las explícitas como las implícitas—, así como los métodos de juego, reflejaban dinámicas sociales complejas, influyendo en la sociedad balinesa y, a su vez, siendo modeladas por ella.

En las peleas de gallos [...] el balinés entrena y descubre al mismo tiempo su temperamento y la naturaleza de su sociedad; o para ser más precisos, le da forma y descubre una faceta particular (Geertz, 1998, pp. 434-435).

Y nuevamente:

Los gallos pueden ser sustitutos de la personalidad de sus amos, espejos animales de forma psíquica, pero la pelea de gallos es —o más bien se transforma— en una simulación de la matriz social, del complicado sistema de grupos corporativos que se cruzan y se superponen —aldeas, grupos de parentesco, sociedades de riego, congregaciones de templos, ‘castas’— en el que viven sus seguidores (Geertz, 1998, 383).

Estos análisis llevaron al autor a redescubrir y aplicar la noción de "juego profundo" a aquellas prácticas lúdicas tan arraigadas en las sociedades que las practicaban, destacando cómo en este tipo de juegos existen "representaciones" sociales. En ellas, las reglas, las formas específicas de relación, las elecciones y los mecanismos de acción reproducen y refuerzan clases y estatus, tanto de los jugadores como de los espectadores (Farné, 2023; Nesti, 2023).

La descripción que nos ofrece Geertz es detallada y vívida. A través de su mirada antropológica, el lector participa de ese acontecimiento: desde la preparación hasta la representación, pasando por las conclusiones del autor y, lo más importante, el impacto en las vivencias de las personas. El juego parece permear la vida balinesa, proporcionando elementos narrativos y simbólicos, así como sentimientos compartidos socialmente.

Presenciar y participar en una pelea de gallos es, para los balineses, una especie de educación sentimental. Lo que aprende allí es cómo son el ethos de su cultura y su sensibilidad personal [...] cuando se expresan en un texto colectivo (Geertz, 1998, pp. 431-432).

Por tanto, cuando un juego expresa de forma simplificada y simbólica un conjunto de elementos fuertemente compartidos por el grupo social que lo alimenta —de modo que vive en las formas de su imaginario y su lenguaje, incluso más allá del juego mismo—, nos encontramos ante un “juego profundo” (Farné, 2023).¹

¹ Cabe destacar que Geertz nunca habló expresamente del fútbol como un "juego profundo", pero las 17 características que describe de las peleas de gallos en el texto indicado (1998) hacen de esa lucha, en ese contexto, un juego profundo con un extraordinario poder metafórico y rico en significado.

Lo que nos dice, entonces, que el fútbol es sin lugar a dudas nuestro juego profundo es otro antropólogo, Desmond Morris (2006)², quien en su clásico estudio sobre la “tribu del fútbol” (*The Soccer Tribe*), con un conjunto iconográfico riguroso y evocador nos lleva a una especie de viaje al interior de este juego, para descubrir los rasgos de su tribalidad original y cómo toma forma con un extraordinario poder metafórico en nuestra posmodernidad.

A primera vista no parece mucho más que un juego de niños [...]. Debe haber algo más de lo que es visible al ojo: las acciones en sí mismas son muy simples, por lo que la explicación debe ser que de alguna manera están cargadas de un cierto significado simbólico (Morris, 2006, p. 12).

Si entonces los juegos de pelota siempre han existido (la pelota es uno de los juguetes más antiguos del mundo), y si el juego en su relación con la sociedad siempre ha encarnado algunas funciones sociales y transmite valores, ese “algo más” del que habla Morris se produce con el nacimiento de los deportes, que, a diferencia de los juegos tradicionales, se regulan a través de normativas oficiales que los convierten en juegos universales en las reglas, percepciones y valores que transmiten. Es, por tanto, la transición entre juego y deporte la que revoluciona la forma de ver/jugar el juego, transición definitivamente sancionada por el nacimiento del profesionalismo que, en lo que respecta al juego de fútbol, como nos recuerda Farné (2023), nos permite aplicar la definición de juego profundo contemporáneo (la descodificación oficial del fútbol se remonta a la segunda mitad del siglo XIX).

Es, por tanto, la transición del juego al deporte la que revoluciona la forma de ver y practicar el juego, un cambio definitivamente sancionado por la llegada del profesionalismo. En el caso del fútbol, como señala Farné (2023), este proceso nos permite aplicar la noción de “juego profundo contemporáneo”, dado que la codificación oficial del fútbol data de la segunda mitad del siglo XIX.

En este sentido, consideremos la gestión del espacio de juego y los diversos significados que este adquiere: el espacio “sagrado” del terreno de juego, el espacio compartido por la afición, etc. También pensemos en las múltiples temporalidades del deporte: el tiempo de juego, el tiempo de espera, o incluso las pausas que marcan el ritmo del espectáculo (Orefice, 2006).

² Desmond Morris afirma, en su conocido estudio sobre el mundo del fútbol, que las actividades deportivas son esencialmente formas modificadas de comportamiento primitivo de caza y que el cazador, transformado en futbolista, utiliza como arma una pelota inofensiva. Desde esta perspectiva, para este antropólogo y estudioso del comportamiento animal, palabras como “estrategia”, “táctica”, “colaboración”, “peligro”, “persecución”, “fuerza”, “sangre fría”, etc., pueden referirse tanto a la actividad del cazador prehistórico como a la del futbolista moderno.

Asimismo, el fútbol trasciende el campo, influyendo en la vida cotidiana al impregnarla y, a menudo, reconfigurar los tiempos sociales: los días de partido condicionan las rutinas, el ocio e incluso la organización del tiempo libre. Su influencia alcanza también el lenguaje, con palabras y expresiones propias del fútbol que se integran en el habla cotidiana.

¿Cómo no mencionar, entonces, el modo en que los "campeones" del fútbol se transforman en modelos sociales a imitar? Estos jugadores no solo adquieren reconocimiento y estatus social, sino que, en ocasiones, alcanzan la categoría de héroes contemporáneos. Se convierten en modelos "físicos" y "estéticos", encarnando un ideal de corporeidad que remite al concepto de incorporación propuesto por Mauss (2017)³. De hecho, al resaltar el carácter cultural y convencional de la corporeidad humana (Orefice, 2015; 2012), el cuerpo —y su percepción— se revela como el resultado de un proceso de enculturación, que incluye la imitación de los comportamientos corporales de aquellos percibidos como modelos socialmente aceptados.

Finalmente, consideremos cómo, en muchas partes del mundo, el fútbol representa una vía de ascenso social y emancipación, ofreciendo la posibilidad de mejorar las condiciones de vida. Sin embargo, al mismo tiempo, funciona también como un vehículo de transmisión de estereotipos, prejuicios y discursos sexistas. Bromberger (2017, p. 283) lo señala cuando afirma que: "Cada encuentro proporciona a los espectadores un apoyo para la simbolización de una dimensión de su identidad local, profesional, regional, étnica o nacional".

³ Para las ciencias sociales, uno de los momentos fundamentales para centrarse en la problemática del cuerpo puede identificarse en la reflexión del antropólogo francés Marcel Mauss durante la década de 1930. En un ensayo de 1936, *Técnicas del cuerpo*, Mauss destaca cómo el hombre está dotado de capacidades que le permiten adaptarse al medio y garantizar su supervivencia: es decir, incluso antes de proceder a la construcción de herramientas y utensilios externos a su propio organismo, el hombre utiliza el cuerpo como instrumento, es más, lo convierte en el instrumento principal y fundamental de su equipamiento técnico. Podríamos decir entonces que para Mauss las técnicas del cuerpo no son sólo caminar, correr, comer, etc. como tal, sino caminar, correr, comer según determinadas formas socialmente transmitidas, o modelos propios de una sociedad o grupo social concreto. En definitiva, el argumento propuesto por el antropólogo francés es que lo que da una forma más definitiva a las técnicas del cuerpo no son las funciones orgánicas, sino las tradiciones culturales: imbuido de cultura, el cuerpo ya no aparece sólo como una estructura anatómica en sí misma o como un conjunto autoorganizado de funciones fisiológicas, sino que gracias a técnicas y modelos específicos está sujeto a procesos de especificación en gran medida inevitables y más o menos radicales. Esta idea, según la cual, dentro de ciertos límites más o menos significativos y necesarios, las tradiciones configuran las técnicas del cuerpo de una manera más particular (como cualquier otra técnica), presupone por tanto que cada cultura se centre en los órganos y procesos corporales, los haga suyos y los explique en esquemas más amplios (a menudo de orden cosmológico), y utilice su potencial simbólico (Orefice 2015:74-75).

Nos encontramos así ante un juego profundo, que en la actualidad trasciende la noción original de Geertz, expandiéndose hacia nuevas correlaciones con todos los ámbitos de la vida: político, económico, social y cultural. Hijo de una globalización omnipresente, el fútbol se convierte en una herramienta polivalente, capaz de atraer y distraer, convencer o provocar, así como de exhibir posiciones ideológicas o hacer declaraciones simbólicas.

El fútbol como experiencia educativa y formativa

Conscientes de los lados oscuros del fútbol y de los escándalos que acompañan su mercantilización, no podemos evitar hacer algunas consideraciones sobre cómo este juego profundo se cruza con la educación y la formación de los sujetos.

Al preguntarnos qué procesos educativos y formativos pone en evidencia, podemos destacar que el fútbol da lugar a procesos de aprendizaje de reglas: no solo las propias del juego, sino también normas sociales, morales y éticas. A través del acto de jugar, se desarrolla un aprendizaje vinculado a las habilidades sociales y a la experimentación con la socialización. Se vivencian situaciones de exclusión (“no sabes jugar”, “eres mujer”, etc.), pero también experiencias de inclusión y reconocimiento. Se construye un lenguaje común, a menudo no verbal, se aprende el placer del desafío y el sabor de la derrota, y se cultivan competencias como la colaboración, el razonamiento estratégico, la gestión emocional y la capacidad de acoger al otro.

Otro tema central, desde una perspectiva educativa, es el de las emociones y la afectividad que emergen en la práctica futbolística. Conviene recordar que el acto motor nunca es meramente físico o mecánico, sino que involucra múltiples dimensiones — frecuentemente observables incluso en el espectador de un partido—: la biológica, la cognitiva, la social-relacional, la afectiva, la expresiva y la toma de decisiones (Orefice, 2015).

En particular, la dimensión social-relacional da vida a lo que Parlebas (1997, p. 20) denomina “comunicación motriz”, un entramado de encuentros e intercambios que trasciende las acciones puramente técnicas. Esta comunicación genera una auténtica red de empatía sociomotora, a partir de la cual se organizan los intercambios motores.

El componente emocional, por tanto, está profundamente arraigado en la dualidad inherente al fenómeno deportivo: por un lado, la actuación en el terreno de juego, protagonizada por los deportistas; por otro, la experiencia colectiva del espectáculo, que involucra a un actor colectivo genéricamente etiquetado como “el público” (Elias y Dunning, 1988)⁴.

⁴ Sin este actor colectivo, el deporte no se habría convertido en el fenómeno cultural de masas que es. Sobre todo, no lo habría sido si no hubiera surgido la necesidad de satisfacer las necesidades de consumo de un público no presente en el lugar del evento, que además es la parte claramente predominante. A esta gran parte del público, que no puede disfrutar del evento deportivo en el lugar y momento en que se celebra, es necesario ofrecer una representación mediada a través de los medios de comunicación que en cada época histórica han prevalecido para la circulación de información y para la representación de eventos de interés público (Farné, 2023).

El fútbol, jugado y, sobre todo, observado, espectacularizado con sus luces y sombras, es sin duda un espejo y un modelo de sociedad. Es un espacio de educación (en plural), y a través de su historia, su evolución, sus innumerables ramificaciones extracampales y su impacto en la vida cotidiana, puede contar la verdadera historia de nuestra contemporaneidad (Nesti, 2023). Porque el fútbol, en su carácter de juego profundo, no se limita al partido, al único equipo o al jugador (querido, deseado), sino que es un acontecimiento social y cultural que educa y deseduca al mismo tiempo, creando comunidad a través de la noción de que es “solo un juego”.

En relación con estas consideraciones, la necesidad de desarrollar una mirada objetiva y crítica se presenta como una acción esencial, especialmente para los adultos que desempeñan funciones educativas. Aquellos que, por ejemplo, forman a jugadores jóvenes, pueden ayudarlos a redescubrir toda la dimensión educativa, de desarrollo y de crecimiento que el fútbol puede ofrecer. Este aprendizaje no solo se refiere a modelos e imágenes, ni a la corporeidad y la fisicalidad (Orefice, 2012), sino también al reconocimiento social que se obtiene a través del gesto motor deportivo. Este gesto puede convertirse en una inculturación pasiva de esos modelos, pero también en una reflexión crítica y creativa sobre las posibilidades por construir (Orefice, 2013, p. 55).

Conclusiones

En esta breve contribución, utilizando el concepto de “juego profundo” propuesto por el antropólogo Clifford Geertz en su obra Interpretación de las culturas (1998), hemos destacado algunos elementos clave del fútbol y los problemas que este plantea hoy en día. En las conclusiones, volvemos a reflexionar sobre los usos que se hacen del cuerpo y para el cuerpo al presenciar o participar en este juego que, como provocativamente señaló Pasolini (2020, p. 36), podría considerarse “la última representación sagrada de nuestro tiempo”. Ya sea como una “competición arcaica” (en defensa del territorio contra enemigos, diferentes en origen geográfico y habilidad en el juego), como una estrategia de “mercado” (funcional para gestionar equipos y adquirir jugadores), o como un gimnasio de entrenamiento, un elemento permanece central cuando hablamos del fútbol como fenómeno polimórfico, participación comunitaria y rito identitario: el cuerpo.

Al repensar las interacciones cuerpo/mente y cuerpo/cultura (Orefice, 2015), las observaciones sobre el fútbol nos llevan a cuestionarnos si el cuerpo es solo una “superficie” sobre la que las sociedades imprimen sus símbolos, o si este “juego profundo” nos invita a realizar análisis más profundos. El análisis va en esta última dirección, ya que el fútbol nos recuerda que toda nuestra producción como especie humana no puede entenderse exclusivamente desde el estado de naturaleza (es decir, dictada por la necesidad), sino también desde la cultura, es decir, dictada por la posibilidad (Remotti, 2002).

En este contexto, las “técnicas corporales” mencionadas por Mauss (2017) pueden considerarse como modelaciones que permiten al cuerpo y a los individuos adaptarse y sobrevivir en diversos contextos sociales y naturales, y no como “constricciones” impuestas por una realidad autónoma y preexistente. En última instancia, la cultura no se limita a reprimir el cuerpo, sino que lo moldea, proporcionándole estilos y formas de comportamiento que van desde las actividades fisiológicas más comunes hasta las manifestaciones emocionales más intensas, incluidos los deportes.

Estas reflexiones nos brindan una visión de un cuerpo con un potencial identitario y formativo en constante movimiento, lo que exige que todos los profesionales que trabajan con el cuerpo (educadores, entrenadores, formadores, docentes, mediadores culturales, entre otros) re-definan la corporeidad con un enfoque pedagógico-reflexivo (Orefice, 2012). Es en este punto donde emerge la complejidad y centralidad del fútbol en el deporte actual: un acontecimiento lleno de símbolos y funciones articuladas en la sociedad de masas, pero también un fenómeno excepcional para comprender nuestros tiempos precarios y cambiantes.

Referencias bibliográficas

- BROMBERGER, C. (2017). Il calcio come “gioco profondo” e denso di significati. En M. AIME, P. ALDO & C. BROMBERGER (Eds.), *L'umanità in gioco*. UTET.
- CAILLOIS, R. (2004). *I giochi e gli uomini. La maschera e la vertigine*. Bompiani.
- DAL LAGO, A. (2001). *Descrizione di una battaglia. I rituali del calcio*. Il Mulino.
- ELIAS, N., & DUNNING, E. (1988). *Sport e aggressività. La ricerca dell'eccitamento nel loisir*. Il Mulino.
- FARNÉ, R. (2023). Il calcio: educazione e rappresentazione. Studi sulla Formazione/*Open Journal of Education*, 26(1), 87-93. <https://doi.org/10.36253/ssf-14601>
- GEERTZ, C. (1972). Deep Play. Notes on the Balinese Cockfight. *Daedalus*, 101(1), 56-86. <https://doi.org/10.1162/001152605774431563>
- GEERTZ, C. (1998). *Interpretazioni di culture*. Il Mulino.
- HUIZINGA, J. (2002). *Homo Ludens*. Einaudi.
- MAUSS, M. (2017). *Le tecniche del corpo*. ETS.
- MCLUHAN, M. (2002). *Gli strumenti del comunicare*. NET.
- MONGARDINI, C. (2009). *Saggio sul gioco*. FrancoAngeli.
- MORRIS, D. (2006). *La tribù del calcio*. Rizzoli.
- NESTI, R. (2023). Il calcio come gioco profondo della contemporaneità. Studi sulla Formazione. *Open Journal of Education*, 26(1), 113-119. <https://doi.org/10.36253/ssf-14603>
- OREFICE, C. (2006). Ritualità nella pratica sportiva. En P. DE MENNATO (Ed.), *Per una cultura educativa del corpo* (pp. 151–175). Pensa MultiMedia.

- OREFICE, C. (2012). *Metafore del corpo. Teoria e pratiche di formazione nelle Scienze del movimento e dello sport*. Liguori Editore.
- OREFICE, C. (2013). *Relazioni pedagogiche. Materiali di ricerca e formazione*. Firenze University Press. <https://doi.org/10.36253/978-88-6655-442-4>
- OREFICE, C. (2015). *Cultura, società e corpo*. En A. CUNTI (Ed.), *Corpi in formazione. Voci pedagogiche* (pp. 74–78). FrancoAngeli.
- PARLEBAS, P. (1997). *Giochi e sport*. Il Capitello.
- PASOLINI, P. P. (2020). *Il mio calcio*. Garzanti.
- REMOTTI, F. (Ed.). (2002). *Forme di umanità*. Bruno Mondadori.
- SALEN, K., & ZIMMERMAN, E. (2004). *Rules of play*. MIT Press.
- SUITS, B. (2021). *La cicala e le formiche. Gioco, vita e utopia*. Junior.
- TURNER, V. (1993). *Antropologia della performance*. Il Mulino.

* * *

* **Carlo Orefice** Es Profesor Asociado de Pedagogía General y Social en el Departamento de Ciencias Sociales, Políticas y Cognitivas de la Universidad de Siena (Italia) desde 2016. Doctor en Ciencias Antropológicas, su labor investigadora y docente actual se enfoca en la educación de adultos, la pedagogía comunitaria y la pedagogía del cuidado, con un interés particular en la antropología del cuerpo y las experiencias de enfermedad. A nivel nacional e internacional, ha colaborado con diversas instituciones, incluidas universidades, centros de investigación, ONG y asociaciones, desarrollando actividades de docencia, investigación e intervención. Actualmente, participa en proyectos interuniversitarios tanto en Italia como en el extranjero, en países como Chile, Colombia y México. Ha publicado sus trabajos en revistas científicas nacionales e internacionales y es autor de numerosos artículos y monografías que abordan sus principales líneas de investigación. Entre octubre de 2020 y octubre de 2021, se desempeñó como "Profesor adjunto" de la Cátedra UNESCO, formando parte del Comité Italia del 3er Congreso Mundial de Transdisciplinaridad. Desde marzo de 2020, coordina la Red Latinoamericana para el Cambio Social y el Aprendizaje Emancipatorio en la Universidad de Siena. En junio de 2023, fue habilitado por el Ministerio de Universidad e Investigación de Italia como Profesor Titular en el sector 11/D1 – Pedagogía e Historia de la Pedagogía.
[E-mail: carlo.orefice@unisi.it].